

LUIS GARCÍA MONTERO, *Alguien dice tu nombre*, Madrid, Alfaguara, 2014, 226 págs.

Luis García Montero (Granada, 1958) es conocido sobre todo por ser uno de los poetas más importantes contemporáneos, pero con *Alguien dice tu nombre*, la historia que aquí nos ocupa, se adentra por tercera vez en la novela, tras *Mañana no será lo que Dios quiera* (2009) y *No me cuentes tu vida* (2012). *Alguien dice tu nombre* es un relato de iniciación que no ha dejado indiferente a nadie por su propuesta dinámica y amena, por su ritmo y temática, por su calidad, en suma, desde sus primeras páginas, hasta su sorpresivo final.

En efecto, el protagonista, León Egea Extremera, reside en Granada, donde estudia en su universidad. León es un joven jiennense (de un pueblo ficticio llamado Villatoga) estudiante de Filología Románica de primer año. Entabla una especial amistad con su profesor de Literatura, Ignacio Rubio, durante el curso 1962-1963. Era el tiempo en que estudiar una carrera de Filosofía y Letras todavía estaba considerado como una carrera de chicas, en el caso de que se consiguiera acceder a estudios superiores, en una España machista que había relegado a la mujer al ostracismo. Pero poco a poco están cambiando las cosas y se despereza el franquismo con lo que se llamó el desarrollismo de los años sesenta. Mientras León proviene del ámbito rural, anclado en un submundo donde el boticario (él mismo es nieto del boticario), el alcalde y el guardia civil son aún una institución, un residuo del autoritarismo del Antiguo Régimen, Granada representa un mundo moderno desprejuiciado o en vías de desprejuiciamiento, y la evolución psicológica de León, a través de sus análisis, de lo que significa para un muchacho de pueblo llegar a la ciudad, así lo muestra. En ese sentido la ilusión del protagonista se revela al final, justo en el último diálogo de la novela, cuando tras haber «superado» la prueba de su primer año en Granada, le dice a su profesor que lo que de verdad quiere es ir a París (p. 226). París, capital entonces donde todo bullía, no sólo a nivel político, sino cultural, social, etc.

Aunque existen algunos *flash-backs* en la novela, que van configurando a algunos personajes y situaciones, sobre todo del protagonista, la trama principal se desarrolla durante los tres meses del verano de 1963. En junio acaba el primer curso León, con buenas notas, e Ignacio Rubio le recomienda para trabajar en la editorial

Universo, una editorial de alcance nacional con sede en Granada donde el propio Rubio había publicado un manual de literatura. La amistad con su discípulo dilecto obviamente precedía a esta recomendación. Así, el ambiente de oficina gris de unos empleados asimismo grises domina en las primeras páginas, sumidas en el calor asfixiante de un verano extremadamente seco, como sólo puede serlo en el sur. El protagonista comienza su novela, a modo de reflexión personal, para “perfilar impresiones” (p. 15), y la escritura es a la vez una suerte de diario, un dietario, pero también una novela de formación. Impulsado por las recomendaciones de su maestro, “Pensad cada uno en vuestra vida como si tuvieseis que contarla en un libro o en una clase”, (p. 198), León va anotando ideas y nociones literarias del maestro y propias, y son muy abundantes, no sólo para ir configurando su propia caja de herramientas, como el escritor que quiere ser, sino para cualquier otro escritor: “La observación es otra cualidad imprescindible para un escritor y una necesidad para quien quiere saber cómo va vivir en los tres próximos meses.” (p. 17), o “Mi profesor de Literatura dice que es conveniente distanciarse, usar la inteligencia para no convertir la escritura en un desahogo. El ejercicio de conciencia supone una operación de distanciamiento.” (p. 22), anota León en su diario. Este tipo de anotaciones metaliterarias son muy frecuentes a lo largo de toda la novela, hasta tal punto que el propio protagonista escribe: “Este diario supone un verdadero taller de literatura.” (p. 147). Son recurrentes sobre todo durante los meses de julio y agosto, cuando el profesor sólo se encuentra en estado latente, ya que se halla de vacaciones. Al aparecer el profesor, ya al final de la novela, se resuelve la trama y, más que teoría literaria, se presenta el desenlace de todo, inesperado. Pero es a su vez cuando aparece la novela como tal, como resultado diegético de esa urdimbre de historias y teorías.

Además, recuerda la distancia entre el pueblo y la ciudad, ese paso insalvable de una España de entonces que fue dejando atrás al mundo rural, haciendo un balance en varias ocasiones del paso antropológico que estaba ocurriendo. León encarna a una España que quería sacudirse «el pelo de la dehesa» y que hasta hace bien poco lo logró, si es que se ha logrado. Por otro lado, la historia de amor que nace entre León y Consuelo, la secretaria de al editorial Universo, hace muy interesante en todo momento el relato. La narración, más allá de las escenas eróticas descritas, es un ir y venir por la iniciación de quien descubre el amor sin habérselo propuesto, en medio de unos

meses de ventas de enciclopedias y episodios más o menos simpáticos en los pueblos granadinos, como cuando aparece el propio autor, Luis García Montero, retratado con cinco años de edad, en las calles de Motril, donde a la sazón veraneaba (p. 64).

Salpicada de humor en muchas páginas, de ironía, que no en vano es una de las claves que el propio León se empeña en trabajar como eje por el que debe circular toda buena escritura (y así lo explica en varias ocasiones), *Alguien dice tu nombre* no sólo es la historia de su protagonista, León Egea, sino de una pequeña lista de secundarios como Vicente Fernández, Consuelo Astorga e Ignacio Rubio, excelentes actores de reparto que acompañan a León durante ese verano. *Alguien dice tu nombre* presenta en el fondo un homenaje al Partido Comunista de España, la lucha de los militantes anónimos que reconstruyeron la estructura del Partido durante los años cincuenta y sesenta, y que se dejaron la piel en el interior, jugándose en muchos casos la vida, su integridad física y psíquica, la comodidad de su vida familiar, etc. Una historia de secundarios que posibilitó lo que pocos años después desembocó en la Transición. No podemos olvidar que el PCE fue el partido que más luchó por la vuelta de la democracia durante toda la dictadura, pero lejos de ser los dirigentes los hacedores de esa lucha, *Alguien dice tu nombre* es una reivindicación de la anonimidad de todos los que trabajaron por eso sin que hoy formen parte de la Historia con mayúsculas. En ese sentido es una novela entrañable, ya que desde las primeras secuencias de ese verano vamos observando la evolución de estos personajes, pasando del blanco y negro al color, desvelándose como auténticos artífices de un aparato reconstituido para instaurar la democracia, o al menos para ir minando desde dentro la dictadura. Consuelo, ya al final de la narración, “[E]ra una mujer poco convencional, culta, con la que hablaba de literatura y podía quejarme de la existencia mediocre, las costumbres hipócritas, hasta soñar la posibilidad de un porvenir distinto, un futuro iluminado por la temeridad de mis iluminaciones. Consuelo miraba las cosas con unos ojos más vivos, menos domados. Se notaba que era licenciada en Filología Románica. Habíamos leído juntos a Pablo Neruda, me había dejado libros...” (pp. 199-200).

Por todo esto y por mucho más que aquí no podemos desarrollar, por no hacer de “spoiler”, *Alguien dice tu nombre* no sólo es una excelente novela de Luis García Montero, su tercera incursión en el complejo mundo de la novela, sino un excelente relato que rinde tributo al PCE y que, más allá incluso, desarrolla una historia

inolvidable de un personaje con el que hoy en día se pueden identificar más de tres cuartas partes de españoles.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada